

Cervatilla en la bruma

Entre Arica y Magallanes, una estela de viajes teñidos por mudanzas marcó mis dieciocho años. Considerando que éramos siete hijos y once las ciudades ocupadas, extravié pocos objetos valiosos. Perdí mi chupete a los cinco años, a Papá Noel a los seis y el ratón Pérez a los ocho. Reemplacé estas pérdidas y el vacío de las nuevas casonas con divertidos juegos: la gallinita ciega, el favorito de mis hermanas grandes; el caballito de bronce, el preferido de mis hermanos mayores, y las escondidas, mi predilecto.

Me convertí en un pequeño turista a quien las plazas, colinas, ríos, bosques e inolvidables arreboles embelesaban.

Era el niño raro que contaba las puertas en el colegio y rezaba en la capilla para no volver a marcharse.

Si retuve un nombre alguna vez, como hice a los quince con Olga y el profesor Gómez de Viña del Mar, en la siguiente mudanza mi memoria de celuloide se tornaba borrosa y lo olvidaba como sucedió con la cigüeña al trepar mi otoño número nueve.

A sabiendas de que mi viejo buscaría un motivo para trasladarse en cualquier estación del año, me acostumbré a los cambios, sin embargo, durante el primer mes de clases, las manos me sudaban y mis intestinos me agredían con su dolorosa papiroflexia.

Antes de cumplir los dieciocho años, nos mudamos desde Temuco a Mendoza. Allí ingresé a la universidad. Fue cuando observé a mis compañeros reunirse con sus amigos de la infancia para recordar el séptimo cumpleaños de Matías, las primeras noviecitas de Marcos o las vacaciones en Mar del Plata.

Observé, bien digo, porque en esas invitaciones yo era un visitante que elegía sentarse mirando el cielo y la tierra, reptando por la luz y por el aire. Generalmente, no muy cerca del grupo, frente a una ventana para excavar en lontananza o en la bruma de mis viajes algún recuerdo vago para compartir. Encontrar un nombre, un solo nombre de todos aquellos turistas, apenas conocidos, era un viaje agotador a través de mi frágil memoria.

—Y vos, Patricio, ¿cuántas noviecitas has tenido? —Marcos y el grupo me emboscaron en una ocasión.

Por suerte, una figura de pelo castaño y ojos de cervatilla, tan asustados como los míos, salió de la bruma cuando el enrojecimiento manchaba mi rostro y el corazón me trepidaba en la garganta.

—Varias... Muchas —mentí tragando saliva—. La más importante fue Olga.

Me obligué a inventar fiestas y diversiones ante tan exigente audiencia socorrido por los nombres de mis hermanos, Ana, Rosa, Pedro, Juan, Sandra y Raúl. Ayudado por el profesor Gómez, trencé jornadas de pesca y almuerzos con su familia y la de Olga. Deseando no ser menos, agregué celebraciones navideñas y ahí me detuve... No dije la verdad hasta años después. Mientras tanto, lancé al Boca Juniors, al River Plate y a Maradona a la cancha para jugar a los debates y organicé sin prisa mi primer viaje de vacaciones. Iría a Viña del Mar con mis amigos y quizás, ¿por qué no?, me encontraría con Olga una mañana de bruma.